

Más allá de la heterogeneidad: los desafíos de analizar la estructura social en la Argentina contemporánea¹

Mariana Heredia²

Resumen

Desde hace dos décadas, numerosas investigaciones pusieron de manifiesto que, con el estancamiento económico, las reformas de mercado y las transformaciones socioculturales, la sociedad y sus distintos grupos sociales habían sufrido una mutación que los volvía mucho más disímiles y, por lo tanto, más renuentes a las generalizaciones sociológicas. Desde entonces, la heterogeneidad se ha vuelto el santo y seña de los estudios de estratificación social. La intención de este ensayo es presentar algunas condiciones alentadoras para los análisis sobre el tema e identificar algunos de los inconvenientes prácticos y los desafíos analíticos que habría que enfrentar para avanzar más allá de esta caracterización.

Palabras claves estructura social – clases sociales – desigualdades socioeconómicas – Argentina

Abstract

For two decades, research has showed that, with economic stagnation, market reforms and cultural changes, society and social groups had undergone a mutation that made them much more dissimilar and, therefore, more reluctant to

1. Estas notas se nutren de los intercambios que tuvieron lugar en las reuniones del proyecto "Naturalización de las desigualdades sociales" dirigido por Alejandro Grimson en el IDAES entre 2009-2011. Retoman también ciertas discusiones del seminario mensual "Estructura y desigualdad social" que coordinamos con Gabriel Kessler durante el 2011. Finalmente recuperan muchas de las reflexiones compartidas con Lorena Poblete en el marco de las dos materias que dictamos en el IDAES-UNSAM. A los participantes de estos diálogos así como a Pablo Seman y Cecilia Veleda, mi agradecimiento. Este trabajo les adeuda muchos de sus eventuales aciertos y los exime de todas sus falencias.

2. Dra. en sociología de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, investigadora asistente del CONICET en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES), docente de la Universidad de San Martín y de Buenos Aires. Este artículo se inscribe en el proyecto en curso "La desigualdad desde arriba. Las clases altas en la Argentina contemporánea" (UNSAM SJ 10/11). Para comunicarse con la autora mariana.heredia@conicet.gov.ar

sociological generalizations. Since then, the stress on heterogeneity has become the watchword of social stratification studies. The aim of this paper is to present the positive conditions of the analysis on this issue as well as to identify some of its practical constraints and analytical challenges to face in order to move beyond this frequent description.

Key words social structure – social classes – economic inequalities- Argentina

Introducción

La Universidad de General Sarmiento, cuyas Jornadas de Sociología alentaron las reflexiones que cristalizan en este artículo, resulta un espacio particularmente propicio para hacer un balance y trazar los desafíos que enfrenta el estudio de la estructura social en la Argentina contemporánea. Esto, en gran medida, porque a lo largo de los años 1990 y 2000, esta universidad albergó un departamento pionero y particularmente fructífero en sus aportes a la comprensión de las transformaciones que las reformas neoliberales imprimieron en la sociedad argentina. Los trabajos de Miguel Murmis, Silvio Feldman, Gabriel Kessler, Maristella Svampa y el libro más reciente de Carla del Cueto y Mariana Luzzi (2008) constituyen algunos de los más ambiciosos intentos de analizar en profundidad estos procesos, tanto desde el estudio de algunas categorías socio-económicas específicas (los sectores populares, las clases medias, las elites sociales) como desde el análisis del conjunto de la estructura social.

La ocasión también parece auspiciosa porque se cumplen dos décadas de la publicación de “La heterogeneidad social de las pobrezas”, un artículo escrito por Murmis y Feldman (1992) que alertaba tempranamente sobre los efectos más regresivos de la crisis en los mecanismos de integración social. Junto con otros analistas, estos autores contribuyeron a documentar el aumento y la profundidad de la experiencia del empobrecimiento. Al hacerlo, nos hicieron concientes de que la sociedad y sus distintos grupos habían sufrido una mutación tal que los volvía mucho más disímiles y, por lo tanto, más renuentes a las generalizaciones sociológicas. Desde entonces, subrayar la heterogeneidad de la estructura social y sus categorías socio-económicas³ se

3. Sin duda, la estructura social y sus desigualdades rebasan las diferencias socio-económicas y de acceso al bienestar. Como la mayor parte de los estudios citados, este trabajo se circunscribirá a esta definición canónica para volver sobre ella en el último apartado.

ha vuelto el santo y seña de los estudios sobre estratificación social.

Veinte años después de su formulación originaria, el éxito del término heterogeneidad amerita evocar una de las reflexiones de Edgar Morin en torno de la contingencia. El filósofo francés se preguntaba si el azar era una propiedad intrínseca de la realidad o más bien un refugio para nuestra ignorancia. Parafraseándolo, en los términos que aquí nos ocupan, podríamos preguntarnos: ¿hasta qué punto la heterogeneidad ha devenido un atributo irreductible de la sociedad contemporánea o la persistencia de esta caracterización obedece más bien a nuestra incapacidad de identificar nuevas regularidades y desarrollar nociones específicas que avancen en una inteligibilidad más profunda y afirmativa de nuestro tiempo?

Enfrentar este interrogante supone revisar una convivencia paradójica: al tiempo que admitimos una cualidad reacia a las generalizaciones, seguimos atribuyendo a la sociedad y a las clases el estatuto de conceptos “totales”, aquellos que siendo “a la vez lo que hay que explicar, se convierten en lo que explica, al menos ‘en última instancia’ las conductas individuales y colectivas” (Dubet, 1994: 153). Repensar la heterogeneidad requiere por tanto volver sobre la relación entre estratificación y totalidad⁴, problematizando una no-

ción de estructura social homologable a un conjunto unificado y estable, compuesto por unidades discretas, homogéneas e interdependientes.

También el momento resulta propicio. El período abierto tras la crisis de 2001 invita muy especialmente a ensayar un balance entre la persistencia de la heterogeneidad y la vigencia de las clases. Por un lado, más allá de los juicios que merezcan las políticas concretas adoptadas, es innegable que, en la última década, la lucha por una mayor justicia social, o por una relativa igualación de las condiciones de vida, ha recuperado su carácter fundamental como bandera de los gobiernos latinoamericanos. Después de ceñirse a la pobreza y al desempleo durante los años noventa (Armony y Kessler, 2003), la cuestión social volvió a asociarse con la desigualdad. A diferencia de los dos primeros términos, este último exige una mirada integral, más atenta a las relaciones y mecanismos que producen y reproducen asimetrías persistentes. Por otro lado, el desplazamiento no ha sido solo discursivo. Las políticas neoliberales han dado paso a un conjunto de medidas que retrotraen al país a una configuración más cercana a la estructura y la dinámica social del período de posguerra: el relativo aislamiento de los circuitos financieros internacionales, el incentivo a la producción nacional, la reactivación de las convenciones co-

4. También supondría volver sobre la cuestión clásica de las determinaciones estructurales. Este trabajo se centrará solo en las potencialidades y li-

mitaciones del análisis de la estructura social para la descripción de las sociedades contemporáneas.

lectivas, la universalización de ciertos derechos asistenciales modifican la realidad social e instan a reconsiderar los parámetros analíticos con los que examinamos continuidades y rupturas.

La intención de este ensayo es justamente contribuir a precisar algunos de los desafíos que enfrentamos para seguir avanzando en la síntesis de dos caracterizaciones contrapuestas: el énfasis en la heterogeneidad y la vigencia de ciertas aproximaciones clásicas. Con este propósito, el artículo se organiza en cuatro apartados. El primero identifica algunas de las condiciones propicias de este tiempo para la revitalización de los análisis sobre la estructura social. El segundo precisa los inconvenientes prácticos que supone federar distintas disciplinas y conocimientos sobre lo social. El tercero avanza sobre algunos de los principales desafíos analíticos para restituir una representación unívoca e integrada de la sociedad contemporánea. El cuarto propone algunas pistas destinadas a expandir una nueva agenda de investigación. Estas reflexiones se cierran finalmente con un llamado a situar al análisis de la estructura social en el centro de una forma particular de militancia sociológica.

I. Las condiciones propicias para el análisis

La geopolítica del siglo XXI y la oportunidad para una reflexión descentrada

Como en otras problemáticas tratadas por las ciencias sociales, este momento

histórico resulta favorable para las reflexiones sobre la estratificación social: el nuevo marco geopolítico permite avanzar en una reflexión integrada a las discusiones y aportes internacionales eludiendo, a la vez, los riesgos de una importación acrítica de las referencias acuñadas en los centros intelectuales de Occidente.

Por un lado, la distinción entre centro y periferia que tanto estructuró nuestros esquemas de pensamiento, se está complejizando hasta el punto de desvanecerse. El mentado “Primer Mundo” se presenta de manera menos próspera, homogénea y unipolar que hace apenas un par de décadas, la crisis desatada en 2008 parece colocarnos menos en la retaguardia que en la delantera de las configuraciones sociales características del último ciclo del capitalismo. Y no se trata de una afirmación optimista. Contrariamente a las esperanzas de Rostow [1963 (1960)], para quien el crecimiento económico alentaría una mayor integración social y ésta, mayores niveles de democratización, la convergencia virtuosa del progreso por etapas no solo no se observa en los grandes países latinoamericanos de la segunda posguerra (O’Donnell, 1982), tampoco define, a principios del siglo XXI, a las naciones emergentes ni a las viejas potencias en declive.

Estos fenómenos globales tienen traducciones bien prácticas para el análisis de la estructura social. Para no poner más que un ejemplo, la infor-

malidad puede dejar de ser concebida como un desvío persistente del subdesarrollo latinoamericano para convertirse en efecto de un modelo dominante de acumulación que no incorpora toda la mano de obra disponible en las organizaciones más modernas ni en los contratos refrendados jurídicamente.

Por otro lado, el debilitamiento de la distinción centro-periferia se presenta en un contexto de mayor articulación de los debates científicos e intelectuales. En gran medida gracias a la integración digital y lingüística de las comunidades académicas, nuestra manera de pensar ya no necesita referirse radialmente a las metrópolis centrales dado que ya no se concentran en ellas los “inventarios” de casos susceptibles de alentar comparaciones y hallazgos generalizables. Los análisis sobre la estructura social en la Argentina pueden establecerse ahora en relación con África, con Asia, con Europa del Este. La atención prestada a estas otras experiencias ha de enriquecer seguramente la comprensión de nuestros países. Muchos de los atributos considerados como excepcionales al compararse con los centros del Norte podrían revelarse más bien mayoritarios desde una perspectiva geográfica más vasta. Esto no significa necesariamente que los hallazgos resultantes se circunscriban a singularidades de los países periféricos; la imaginación sociológica del Sur y del Este puede alimentar la comprensión de fenómenos más recientes o menos

dramáticos también observados en los núcleos occidentales.

Un ejemplo significativo es el análisis del empobrecimiento de las clases medias como resultado de la aplicación de las reformas de liberalización económica. Considerado tempranamente en la Argentina (Minujín y Kessler, 1995), su estudio se ha precisado en el contrapunto con lo ocurrido en Europa del Este (Kessler, de Virgilio y Yaroshenko, 2010), contribuyendo a las reflexiones sobre el mismo fenómeno en países con una intervención estatal en retirada (Chavel, 2006).

Están dadas las condiciones para que la reactualización de los estudios sobre la estructura social se asiente en una renovación de las referencias (bibliográficas, analíticas, casuísticas) que permita avanzar en una reflexión descentrada. Con la dilución de uno de los contrapuntos que ordenaba nuestro pensamiento y la multiplicación de ejemplos a considerar, la producción sociológica puede volverse más refractaria a los resabios de autodenigración y provincianismo que tanto la han amenazado.⁵

La sociedad del conocimiento y la polinización de distintos saberes sobre lo social

La estabilización democrática y la atención en la cuestión social de fines

5. Pocos autores han planteado tan magistralmente como Hirschman (1971) los riesgos que, en este sentido, pesaban sobre las reflexiones de los científicos y políticos latinoamericanos.

del siglo XX han tenido una virtud persistente para la producción de conocimiento: una mayor articulación entre los distintos saberes sobre lo social. Durante el período de posguerra, los enfoques sociocéntricos solían acordar al analista el rol de dilucidador de los intereses sociales subyacentes a la dinámica política e institucional. Con frecuencia, una oposición se estructuraba entre la superioridad reveladora del analista y el sesgo clasista atribuido al aparato estatal⁶. Paradójicamente, las reformas de mercado nos hicieron más conscientes de la importancia de los entramados institucionales (productivos, políticos, administrativos) en la construcción y la estabilización de la sociedad y sus clases.

En este marco, los científicos sociales reconocen hoy más abiertamente que sus disciplinas no solo observan, desde

6. Esta suposición estructuró, durante años, relaciones institucionales y jerarquías profesionales. Por un lado, la relación de las facultades de humanidades y ciencias sociales con los gobiernos fue singularmente conflictiva. Estas casas de estudio perseveraron en una mirada crítica y defensiva no sólo hacia las administraciones de turno -tan recurrentemente oscurantistas y autoritarias en la Argentina del siglo XX-, sino también contra todo juicio en torno de la pertinencia y utilidad pública de sus egresados y de sus análisis. Por otro lado, la jerarquía dentro de las distintas actividades desarrolladas por los graduados en ciencias sociales supuso una distinción tajante entre los “intelectuales críticos” y los profesionales comprometidos con organizaciones públicas y privadas por fuera de una academia siempre amenazada.

afuera, sino que también intervienen, desde adentro, en los diagnósticos y políticas públicas que contribuyen a dar forma a la estructura social. La multiplicación de programas de asistencia social, los centros privados de investigación, las consultorías financiadas por fondos públicos, privados e internacionales, las empresas de estudios de mercado y opinión pública, en suma, la multiposicionalidad de los profesionales formados en ciencias sociales y su interés por la producción y el uso de la información social han ido diluyendo la frontera que separaba a los “intelectuales críticos” del resto de los profesionales⁷. El diálogo entre investigaciones desarrolladas desde diversas inserciones y la expansión de profesionales con perfiles híbridos que combinan competencias académicas, técnicas y políticas han propiciado una mayor polinización entre saberes distintos sobre lo social.

La información estadística disponible ilustra estas nuevas condiciones. Si de análisis cuantitativos se trata, la información pública parece haber retrocedido por dos razones. La primera es que la redefinición de ciertas funciones estatales supuso, muchas veces, la pérdida de información (secundaria) para el análisis

7. Como lo revelan muchos estudios históricos, este antagonismo era más simbólico que real: la interpenetración de esferas es un rasgo persistente en la Argentina (Neiburg y Plotkin, 2004, Morresi y Vommaro, 2012) y se nutre, en gran medida, de la fragilidad de las instituciones académicas.

social. Al actuar, los Estados nacionales dejaban huellas (registros fiscales, crediticios, catastrales, sanitarios, asistenciales) a partir de las cuales era posible reconstruir ciertos aspectos de la estructura social. Al desregular, descentralizar o privatizar ciertos servicios o al abandonar el esfuerzo por la sistematización y el registro de sus intervenciones, estos mismos Estados dejaron de producir y de procurarnos rastros estandarizados y relativamente públicos para el análisis⁸. Paralelamente, distintos actores del mercado, las organizaciones no gubernamentales, los partidos y los gobiernos han incrementado su demanda y producción de información sin que la misma esté sometida a ninguna regulación que obligue a hacerla pública⁹. Frente a organismos estatales que producen igual o menos que en el pasado y agentes privados o semi privados que avanzan en la valoración y la producción de datos primarios, la proporcionalidad se invierte y la necesidad de una colaboración más estrecha entre distintos especialistas se agudiza.

Así, tras erigirse en instancias críticas del Estado que reivindicaban cierta ajenidad y exclusividad en la dilucida-

8. Vale mencionar algunas honrosas excepciones. Algunos ministerios, como el de Trabajo y Educación, han avanzado en la producción de más y mejor información estadística.

9. Dada la magnitud de la información "privada" producida, toda iniciativa tendiente a hacer públicos, en ciertos plazos razonables, estos datos constituye un paso crucial para avanzar en la producción de más y mejor conocimiento sobre nuestras sociedades.

ción de los contornos de lo social, los investigadores académicos participan hoy de un espacio más amplio y complejo de especialistas que buscan hacer inteligible la sociedad y participar en la elaboración y la evaluación de distintas políticas públicas. Desde observatorios diferentes y con objetivos distintos, estos profesionales pueden servirse de las indagaciones y las experiencias de los otros en post de un conocimiento más profundo de la estructura social.

II. Los inconvenientes prácticos para una aproximación federada

Las derivas de la especialización y la reconstrucción del rompecabezas

Avanzar en el análisis de la estructura social plantea desafíos específicos a las ciencias sociales y a la articulación entre sus distintas disciplinas. Alcanza con contemplar la producción reciente en torno de la estructura social para concluir que se trata de un ejercicio entre extremos: caben dentro de ella desde la contundencia sintética del índice de Gini hasta las versiones más dispersas y complejas del análisis sobre las clases. Un primer obstáculo para aventurarse hacia proposiciones más generales y afirmativas parece situarse en las tendencias centrífugas que animan, en los últimos años, a la profesionalización científica. Ciertamente, el análisis

de la estructura social ha sido, para la sociología, la expresión más notoria de su carácter imperialista o al menos de su voluntad de aprehender y federar a las otras disciplinas sociales. Este intercambio se ha visto sustancialmente dificultado por la crisis del estructuralismo y el desarrollo tenaz de la especialización. Desde la economía, la demografía, la ciencia política, la antropología, la historia, resulta más sencillo referirse a las clases sociales ateniéndose a ciertas definiciones implícitas o estandarizadas que avanzar conjuntamente en la reformulación de estos términos y de sus implicancias. Dada la jurisdicción que suele atribuírsele (“la cuestión social”) y la pluralidad de métodos que la caracterizan (Passeron, 2006), la sociología experimenta con mayor dramatismo el dilema entre repetir inmutable cierta letanía sobre las clases o desechar toda posibilidad de identificar posiciones sociales asimétricas y persistentes.

Un primer desafío práctico parece ser entonces reanudar una empresa de carácter necesariamente interdisciplinario. Actualizar el estudio de la estructura social supone interpelar a las ciencias económicas con su interés por la geometría cambiante de los mercados, la producción y la circulación de la riqueza, la organización del trabajo y el consumo, la movilización, la articulación y la recompensa de los distintos factores de la producción. Renovar esta temática implica asimismo atender a los aportes de la demo-

grafía sobre las particularidades de la población en términos de magnitud, género, edad, parentesco y residencia, con una mirada de mediano y largo plazo. Ajustar nuestra aproximación a la estructura social requiere considerar los análisis sobre el Estado y el gobierno; muy particularmente aquellos interesados en el impacto consistente o contradictorio de las políticas económicas, sociales, tributarias, sanitarias, educativas y a las coaliciones sobre las que se asientan y reformulan distintos proyectos de reforma. Comprender la estructura social, bien lo demuestra Pablo Semán en este dossier, exige ineludiblemente atender a los lazos interpersonales que estructuran desigualdades en espacios geográficos acotados. En consonancia con el énfasis de ciertas teorías contemporáneas (Apparudai, 1986; Latour, 2008), uno podría agregar que la comprensión de la estructura social reclama también la consideración de los objetos. ¿Cómo pensar las desigualdades sociales sin contemplar cómo actúan las viviendas, los desechos tóxicos, las vacunas, los ferrocarriles, las armas? La mención de estos aspectos no hace más que subrayar, por fin, la radical historicidad de toda estructura social: las condiciones de vida cambian y al hacerlo se redefinen tanto la proporcionalidad entre las clases como los criterios de demarcación entre ellas. Si faltaba todavía una disciplina a convocar, también ha de estar la historia.

En suma, restituir una mirada totalizante sobre este mosaico complejo que es una sociedad supone repensar la unidad y la especificidad de las distintas ciencias sociales. En su estudio sobre la diferenciación disciplinaria, Fabiani (2006) concluye que mientras la innovación científica tiende a poner en cuestión las fronteras entre los saberes y a agruparlos en torno de interrogantes y controversias comunes, la organización pedagógica y administrativa tiende a remarcar y profundizar su separación. La renovación de los estudios sobre la estructura social convoca a articular una curiosidad científica capaz de trascender los límites de la compartimentalización.

Los desvíos de la focalización y la atención estrábica del Estado y los mercados

La dispersión de las piezas del rompecabezas no remite únicamente a la especialización de las distintas disciplinas sociales sino también al modo en que las agencias estatales y los estudios de mercado, al delimitar más focalizadamente sus grupos de interés, han ido desplegando una atención estrábica sobre los distintos componentes de la sociedad.

Al menos en la Argentina, a diferencia de los organismos de planificación de los años cincuenta y sesenta que tenían la voluntad de congregarse y explotar la información pertinente para la planificación de la población y el

territorio, no parecen existir agencias que concentren y compatibilicen la información social disponible en las distintas áreas y niveles del Estado. Muchas veces las páginas de los ministerios públicos están atiborradas de información estadística. No obstante, la misma sigue siendo definida como económica, laboral, vial, sanitaria, educativa, cultural, a la espera de que se emprenda la tarea titánica de ponerla en relación y de establecer cruces entre ella. La violación de la independencia del INDEC¹⁰ y la falta de coordinación condenan a los investigadores argentinos, que así se lo proponen, a dedicar gran parte de sus esfuerzos a rastrear, entender y compatibilizar las dispersas fuentes públicas disponibles.

Pero el problema es a la vez de dispersión administrativa y de concentración sociológica. Al tiempo que las urgencias de la intervención llevan al Estado a preocuparse prioritariamente por los sectores más desfavorecidos, las empresas de mercado se especializan en los segmentos más solventes de la pirámide social. Las clases medias y medias altas, sobre todo aquellas con consumos más privatizados, son objeto casi exclusivo de interés de los estudios de mercado.

10. Si bien la manipulación reciente del índice de precios constituye el ejemplo más dramático de la degradación de las estadísticas públicas, esta intervención no constituye el primer ni el único atentado contra la comparabilidad y la confiabilidad estadística del que se tiene registro en la Argentina.

Esta tendencia a la vez desatiende y ampara a esas poblaciones. Por un lado, el triunfo del principio de subsidiariedad estatal supone que la acción del Estado ha de concentrarse sólo en aquellas áreas y servicios desatendidos por la iniciativa privada. Si bien este principio recomienda la consolidación de agentes reguladores y fiscalizadores de los distintos bienes ofrecidos, los avances en esta materia son cuanto menos modestos. Cuando la regulación del mercado queda en manos del consumidor y sus cultores, la atención tiende a centrarse en la tecnología, la infraestructura y la imagen, y mucho menos en aspectos tan cruciales como la calidad de los servicios y la formación del personal comprometido en cada tarea. Las imperfecciones y los abusos producidos por el juego de la oferta y la demanda no parecen reclamar mayores controles, registros y análisis públicos¹¹. Por otro lado, la privatización de los beneficios y la riqueza conspiran contra un análisis relacional de la estructura social. Si siempre es difícil estudiar a los estratos superiores, tan reacios a la indiscreción de los sociólogos, tanto más lo es cuando esta información no existe o se retira del escrutinio público. El patrimonio y los ingresos se han vuelto materia de reserva y el Estado parece desarmado frente a los enmarañamientos jurídicos

11. Estudios de economistas y sociólogos de la economía comienzan a avanzar sobre esta vacancia.

y los diversos gestores que blindan a los segmentos más favorecidos. Como señala Picketty (2001) para Francia, la falta de datos confiables sobre las clases medias altas y altas no es más que un indicio de la debilidad estatal frente a esos grupos¹².

Pero la responsabilidad no es solo de los productores de información, sino también de sus usuarios. Dos tendencias parecen nocivas en la evolución predominante de la investigación social tal como se desarrolla en las universidades y el CONICET. La primera es que, aunque se hayan multiplicado, los subsidios públicos de investigación en ciencias sociales solo permiten rara vez producir datos primarios de magnitud. El carácter reducido de sus montos y la imprevisibilidad de sus desembolsos impiden a los directores de proyecto embarcarse en encuestas que movilicen grandes recursos económicos y humanos. La segunda razón es que las modas intelectuales y la formación transmitida en las carreras de grado han propiciado una proliferación de estudios de corte cualitativo desatentos a toda voluntad de cuantificación de los fenómenos que se investigan.

Así, uno de los desafíos prácticos es que la investigación académica sobre la estratificación social oficie como

12. Hemos analizado en otro lugar, los inconvenientes a los que se enfrenta la investigación social para definir y estudiar en la Argentina a los notables, dueños, patrones y ricos (las definiciones convencionalmente empleadas para definir a las clases altas), Cf. Heredia (en prensa).

verdadera federadora de disciplinas y fuentes de información. Sirviéndose de la experiencia de una pluralidad de profesionales y de la información de agencias públicas y privadas, los estudios desarrollados por las universidades y el CONICET podrían trascender las limitaciones de sus recursos y a la vez superar el análisis puntual –en términos de período y de recorte– al que se ven constreñidos las indagaciones realizadas por otros observadores de la realidad social.

III. Los desafíos analíticos para una representación unívoca

¿La heterogeneidad de qué? La globalización y el problema de las escalas

A diferencia de ciertas versiones del marxismo que hacen extensible la sociedad capitalista a la geometría del mercado o de la tradición predominante en los estudios de estratificación que sindicaban la estructura social a los Estados-nación, resulta cada vez más evidente que no podemos dar por supuesta la escala de nuestros análisis. En cierta medida, esto supone más la ratificación de una lección largamente predicada que una novedad. No cesa por ello de erigirse como el primer desafío analítico para la actualización del estudio de la estructura social.

Con los estudios clásicos, nos hemos acostumbrado a analizar las desigualdades sociales a escala de “la” sociedad argentina (Germani, 1987 (1955); Torrado, 1992). Por la singular distribución de los habitantes en este país, estas caracterizaciones remitían más a un criterio poblacional que geográfico¹³. Como advirtieron los primeros teóricos de la estratificación (Barber, 1957), las pirámides nacionales (resultado de las agregaciones estadísticas) rara vez se corresponden con las pirámides locales que estructuran experiencias de integración y diferenciación muy diversas según el volumen y los atributos específicos de las poblaciones consideradas. Más allá de estas salvedades, la temprana urbanización de la población, su concentración en algunas ciudades y la magnitud poblacional de la gran capital tanto como el predominio estructurante del Estado central parecieron autorizar, durante años, a los porteños a referirse a la Argentina estudiando apenas el área metropolitana de Buenos Aires y sus alrededores.

Las tendencias hacia una distribución poblacional menos concentrada y el repliegue de las funciones estatales centrales impiden seguir replicando ese impulso. Por un lado, como señala

13. No sólo la macrocefalia porteña convivió, durante décadas, con la escasez de núcleos urbanos intermedios y su concentración geográfica en el noroeste y el litoral; los niveles de poblamiento y desarrollo fueron particularmente disímiles a lo largo de las distintas provincias y regiones.

Vapñarsky (1995), la macrocefalia ha ido cediendo por el crecimiento significativo de los aglomerados de tamaño intermedio, muchos de ellos alejados de la región del litoral. Esto significa que los argentinos son hoy menos reductibles a los porteños o a los litoraleños que antaño. Por otro lado, con el complejo devenir de las economías regionales (al calor de las promociones industriales, la liberalización económica y el retorno de la protección) y con la descentralización de los servicios públicos, las provincias agudizaron sus diferencias. Si desde el análisis de los recursos económicos, las capacidades estatales y los regímenes políticos, las discrepancias son profundas¹⁴, los indicadores sociales reflejan contundentemente la estratificación regional del bienestar. Para no mencionar más que algunos casos vinculados a las desigualdades socio-económicas, hacia fines del siglo XX, el ingreso per cápita de la provincia de Santa Cruz era 7 veces superior al de Formosa, mientras los hogares con necesidades básicas insatisfechas (NBI) alcanzaban, en 1991, el 8% en CABA y el 38,2% en Santiago del Estero (Manzanal, 2000: 454). En suma, podría decirse que la Argentina

14. Entre los estudios sobre recursos presupuestarios provinciales y regímenes políticos, puede mencionarse a Gibson y Calvo (2000) y Gibson (2005). Sobre la dispar capacidad de garantizar derechos civiles y políticos, véase: O'Donnell (1992); para la calidad de las políticas educativas, Rivas (2004); para las políticas sanitarias y asistenciales, Bonvecchi (2008).

se ha tornado más heterogénea en su composición geográfica al tiempo que sus analistas nos hemos vuelto más sensibles al reconocimiento de esta diversidad.

Pero la problemática de las escalas remite tanto a la demarcación de límites jurisdiccionales más apropiados que al empalme entre territorialidades diversas, crecientemente desajustadas y competitivas. Si algo ha caracterizado al último ciclo del capitalismo es que trastoca la correspondencia laboriosamente establecida entre mercado y comunidad política, entre el ámbito en que se define la propiedad y el flujo de la riqueza y el alcance de estos procesos sobre la naturaleza y los hombres (Bauman, 2010). No es casual que la escala territorial de la sociedad vacile frente a estas dos fuerzas centrífugas: la economía que reclama para sí un dominio de orden planetario, y la política que ve socavadas sus potestades nacionales por arriba (a favor de los organismos internacionales o de movimientos sociales sin fronteras) y por abajo (hacia unidades más descentralizadas)¹⁵.

Estas dificultades no conspiran solamente contra la capacidad de generalización de los analistas. Con la creciente polarización y segregación socio-espacial

15. Vacila de tal modo que, al considerar las formas territoriales de gobierno, algunos analistas se preguntan por la muerte de lo social (que atribuyen a los Estados de Providencia) y observan un retorno a la noción de comunidad (que suponen más afín a los agrupamientos contemporáneos), cf. Miller y Rose (2008: 85 y ss.).

cial de los grupos sociales, los miembros de la sociedad inscriben sus percepciones en alcances cada vez más estrechos. Los etnógrafos de las villas miserias han demostrado que los vecinos tienden a ponderar detalladamente el espacio y a adjudicarle posiciones ventajosas a predios o viviendas lindantes o cercanas, cuya singularidad es apenas perceptible para quienes las observan desde una perspectiva externa (Segura, 2009). En el otro polo, aunque ocupen el 5% superior de la distribución, los profesionales suelen juzgar insatisfactorios sus ingresos al compararlos con colegas que residen en otros países o en otros sectores de actividad. En ambos casos, vistos a escala nacional, el arco de comparación de estos sujetos es relativamente homogéneo y por lo tanto acotado.

Como ha señalado Fraser (2010), remitiendo a los dos significados de la noción de *scale*, la cuestión involucra tanto al mapa como a la balanza. El mapa, como hemos referido, concierne a las dimensiones espaciales de las desigualdades sociales. La balanza remite al juicio moral sobre el modo en que se resuelven conflictos y se distribuyen deberes y derechos entre los miembros de un colectivo. Los conflictos en Famatina¹⁶ ilustran con claridad este

16. Se trata de una ciudad del norte de la provincia de La Rioja (Argentina) que, durante la primera década de los años 2000, protagonizó numerosas acciones de protesta contra las explotaciones mineras a cielo abierto. La resistencia de los habitantes se enfrentó a las autoridades pro-

entrecruzamiento entre el enmarcado geográfico y el moral ¿Cuál es la estructura social de la minería en la Argentina? ¿Son los directamente implicados? ¿Es la provincia donde se sitúan esas minas? ¿Es el Estado Nación que puede obtener recursos que luego redistribuirá a otros grupos sociales dentro del país? ¿Es la red que estructura esta actividad globalizada?

¿La era de la heterogeneidad? La estructura entre la inercia y el cambio

Para reactualizar los estudios sobre estratificación social y considerar el carácter novedoso de la heterogeneidad en las sociedades contemporáneas, un segundo desafío analítico parece presentarse en torno a la temporalidad. El mismo puede desdoblarse en dos retos: el primero sopesar el carácter homogéneo atribuido al pasado, precisando las dimensiones consideradas; el segundo, reflexionar sobre el enmarcado temporal de nuestros análisis y sus implicancias.

La insuficiencia de las series estadísticas complica sin dudas la primera tarea. Mientras algunos estudios cuantitativos emprenden este tipo de comparaciones de largo plazo (Beccaria, Esquivel y Maurizio, 2002; Benza, 2012), en la historiografía interesada por las primeras décadas de siglo XX (Adamosky, 2009 y Hora, 2002 para viciales y nacionales más propicias a la instalación de estas empresas y al desarrollo de estas actividades.

citar solo dos ejemplos), la homogeneidad y la prosperidad de ciertos grupos sociales son presentadas de modo más matizado y, por lo tanto, menos favorables a las idealizaciones. Estos estudios constatan que los estratos socioeconómicos son homogéneos y heterogéneos a la vez y, por definición, relativamente inestables.

En este sentido, avanzar en una respuesta sobre la heterogeneización reciente implica precisar las dimensiones a comparar y considerar el significado de las mismas a lo largo del tiempo. Los servicios públicos y el mercado suponen, ambos, procesos de homogeneización y heterogeneización, de integración y jerarquización del territorio, las poblaciones y los bienes, de anclaje en ciertas semejanzas y de profundización de ciertas asimetrías¹⁷. La tesis de la heterogeneidad ha puesto el acento en la balkanización de aquellos pivotes asentados en una fuerte intervención estatal que sostuvieron la homogeneidad de ciertos grupos durante la segunda posguerra (la industrialización, la educación pública, el contrato de trabajo). Al debilitarse estos pivotes, la consideración conjunta de otros factores permite apreciar su importancia relativa en cada momento histórico y su centralidad como vectores de es-

tandarización o diversificación. Los incrementos de ingresos, por ejemplo, no estratifican de igual manera en un período de espiral inflacionaria y de generalizada privatización de la salud, la educación y la seguridad, que en el marco de cierta estabilidad y calidad de los servicios públicos. En la medida en que decrecen las remuneraciones y se precarizan las condiciones de trabajo, la multiplicación de los empleos administrativos no tiene la misma repercusión, en la expansión de las clases medias, hoy que hace algunas décadas. Historizando el significado de las ocupaciones no-manuales, Kessler y Espinoza (2003: 8) concluyen que las nuevas generaciones del área metropolitana de Buenos Aires han experimentado “una movilidad social ascendente espuria, pues al remontar en la escala de prestigio ocupacional han decrecido las recompensas sociales asociadas anteriormente a estas posiciones”.

Precisar los ejes de comparación recuerda que cada uno de ellos remite a temporalidades y causalidades complejas. Aunque al calor de las discusiones políticas y de los balances de gestión, muchos análisis sobre las desigualdades sociales tiendan a organizarse en función de los ciclos electorales, los procesos que concurren a la caracterización de la estructura social en un momento determinado son el resultado de iniciativas y de procesos diversos. El tendido del ferrocarril, las transferencias directas de ingreso, el acceso a la penicilina,

17. No sólo ni necesariamente es la autoridad pública central la que estandariza y homogeneiza. Para las particularidades del enmarcado supuesto en la lógica del mercado, véase Callon [2008 (1998)].

la inflación, el incremento de las matrículas escolares, la flexibilización de los contratos laborales, los créditos a la vivienda, el desempleo abierto presentan temporalidades distintas pero todos ellos contribuyen a apuntalar nuestras interpretaciones y a cuestionar una mirada centrada en la coyuntura.

Es justamente en esta línea que Kessler (2011) ha destacado algunas tendencias que permiten alcanzar un diagnóstico más matizado de la evolución reciente de la sociedad argentina. En primer lugar, el autor registra un mejoramiento de ciertos indicadores sociales fijados como metas por el Fondo de Población de las Naciones Unidas en Argentina. En segundo lugar, menciona estudios que cuestionan la concepción generalizada de que asistimos a un proceso masivo de empobrecimiento y movilidad descendente: este país sigue siendo una sociedad relativamente abierta y móvil. El avance en términos de cobertura educativa desde los años ochenta, se ubica en un tercer lugar, entre las tendencias que matizan el diagnóstico decadentista dominante. En cuarto lugar, y aún con los recaudos que supone el endeudamiento de los sectores populares, Kessler destaca su acceso al consumo tanto en lo que refiere a bienes básicos como durables. Las conquistas en términos de igualdad de derechos y de respeto a las minorías constituyen, al menos en el ámbito capitalino y nacional, un quinto avance de gran significación.

Del mismo modo que al tratar la complejización de las escalas geográficas, la temporalidad no remite solamente a los marcos escogidos por los analistas sino también a modificaciones trascendentes en los fenómenos observados. La referencia a la estructura social suele reclamar tanto una unidad unívoca de agregación (el capitalismo, el Estado nación, la localidad, las categorías socio-económicas) como cierta estabilidad de los elementos que la componen y de las relaciones que los mismos entablan entre sí.

Para Fitoussi y Rosanvallon (1997), es justamente el dinamismo el carácter distintivo de la nueva era de las desigualdades. Tanto la entronización de las decisiones individuales como la fragilización de los estatutos contribuyen a acrecentar las posibilidades de que ocurran saltos y rupturas en el curso de la vida de una persona o una familia. El argumento parece particularmente pertinente para la historia argentina reciente, rica en convulsiones macroeconómicas y grandes translaciones de ingreso. En un escenario más precario, tanto para los estudiosos como para los protagonistas resulta más difícil identificar categorías de pertenencia robustas. ¿Cuándo y por cuánto tiempo hay que pertenecer a una grupo socio-profesional o de ingresos para convertirse en miembro representativo de una clase? ¿Hasta dónde operan ciertas socializaciones primarias en contextos de alta movilidad? ¿Atañe la inestabili-

dad de manera diferencial a los estratos más y menos beneficiados de la estructura social?

Las partículas elementales de la heterogeneidad. El problema de las cédulas

Los estudios de tradición marxista suelen referirse a quienes ocupan posiciones antagónicas en la estructura productiva para situar a los individuos en términos de clase. Las teorías sobre la estratificación social, al multiplicar las dimensiones de la adscripción socio-económica, tendieron a centrarse en las cualidades ocupacionales de los jefes de hogar y en sus familias como unidades de análisis. Empresas, personas y hogares se han ido afirmando así como referencias de las cédulas aplicadas por los relevamientos económicos y poblacionales sobre los que se asientan numerosas investigaciones en ciencias sociales y muy particularmente aquellas preocupadas por la estructura social. La opacidad de estas partículas elementales plantea un tercer desafío analítico a los estudios sobre estos temas.

Difícilmente el mundo de las empresas y los empresarios resulte hoy un pivote sencillo para establecer generalizaciones. Los límites, los significados y la estabilidad de estas unidades resulta cuanto menos problemática. Por un lado, la empresa como unidad de tiempo, lugar y contrato laboral se ha visto trastocada (Lallement, 1999): la multiplicidad de formas de organización

se afirman como una característica de nuestro tiempo (Fligstein, 1990; Rubbery *et. al.*, 2002; Useem, 1999). En las grandes compañías, la internacionalización, las nuevas formas de propiedad y la terciarización de la mano de obra hacen más modular e impreciso el contorno de estas unidades. Mientras los fondos de inversión y los accionistas diversificados complejizan la noción de dueño, la terciarización en empresas más pequeñas y el aumento de las agencias de mano de obra eventual desdibujan la figura del patrón¹⁸. Por otro lado, y sobre todo en ciertas actividades, conviven unidades de tamaño, fortaleza y volúmenes de negocio muy dispares. La línea que suelen establecer los estudios sobre informalidad entre establecimientos de más y menos de 5 empleados resulta cuestionable frente a la complejidad de ciertas actividades y de las formas de contratación imperantes. La alta mortalidad de las empresas y el cambio frecuente de manos llama, por último, a atender muy especialmente a la duración y las metamorfosis de estos emprendimientos al caracterizar las tramas productivas y sus participantes¹⁹.

18. En términos agregados, son los empresarios de pequeñas y medianas unidades los que más se adecuan a la imagen convencional de dueño-patrón con personal a cargo. Sus compañías son, sin embargo, las más débiles del mercado y las que presentan mayor vulnerabilidad frente a los vaivenes económicos

19. Suele atribuirse esta inestabilidad a las PYMES, el estudio en curso de Beltrán y Castellani

A la opacidad de las cúpulas empresarias podría corresponderle cierta nitidez y permanencia en la caracterización de las ocupaciones y los ocupados. Sin embargo, los sociólogos del trabajo se han encargado de documentar la diversificación de los argentinos que quedaron por fuera y por dentro del estatuto asalariado. Aunque las tasas de desempleo abierto hayan cedido en los últimos años, se haya avanzado en el blanqueo del personal y en la reactivación de las negociaciones paritarias (Palomino, 2008), el mundo del trabajo sigue siendo un mosaico complejo con muchos gradientes entre la elite obrera de las empresas de punta (con altos salarios y condiciones de trabajo ventajosas), los trabajadores “independientes” (Poblete, 2008), los precarizados y excluidos (Cortés, 2012). La situación es tal que una misma persona multi-empleada puede presentar ambas condiciones a la vez o sucesivamente y una empresa puede contener, en un mismo espacio, codo a codo, a trabajadores con contratos y remuneraciones completamente distintas.

Pero incluso entre quienes están formalmente ocupados, los atributos categoriales no son necesariamente los previstos por el marxismo y la teoría de la estratificación. Como han señalado los trabajos de Kessler y Espinoza (2003) y lo revela la evolución de las paritarias,

(2012) revelan altos niveles de mortalidad y de rotación de las dirigencias en las más grandes empresas del país.

la pirámide de ocupaciones que suponía cierta homogeneidad categorial así como mejores remuneraciones y condiciones de trabajo para empleados de servicios y menos favorables para los obreros industriales se ha visto trastocada. Rosati y Donaire (2012: 87) demuestran que, en el total de aglomerados urbanos del país en 2003 y 2006, los menores ingresos correspondían a los pequeños propietarios y los mayores, a la clase obrera industrial; distancia que tendía a incrementarse.

La tercera unidad fundamental en el análisis de la estructura social es la familia. También aquí se observan cambios que han complicado las generalizaciones estadísticas. Si bien es necesario no perder de vista que los hogares conyugales siguen siendo abrumadoramente predominantes (Wainerman, 2002 y Torrado, 2007), también es innegable que estas estructuras conviven con otras formas de organización doméstica en aumento. Al menos en los núcleos urbanos, se han incrementado los hogares unipersonales y monoparentales. Pero los núcleos conyugales completos ya no pueden atribuirse a una forma de estructuración límpida y estable. Aunque confluyan en una misma categoría, los hogares nucleares completos pueden expresar historias diferentes matrimonios tradicionales con hijos de ambos o las familias ensambladas y reconstituidas con hijos de distinta filiación (Wainerman, 1997). Si el devenir de las estructuras fami-

liares parece ser hoy más complicado que a mediados del siglo, también se ha diversificado la organización interna de los hogares. Aunque la jefatura masculina sigue siendo elevada, crecen persistentemente los hogares con ambos cónyuges en el mercado de trabajo e incluso las parejas de dos trabajadores a tiempo completo (Wainerman, 2005). Del mismo modo que en el caso de las transformaciones en las empresas, estos procesos plantean desafíos a los estudios sobre la estructura social ¿Qué impacto tiene en la reproducción de las condiciones e identidades de clase la multiplicación de las rupturas conyugales y sus profundas consecuencias materiales para los miembros de esas familias? ¿Qué sucede cuando la calificación y los ingresos de los cónyuges nos lleva a clasificarlos en estratos socioeconómicos diferentes? ¿Cómo integrar al análisis el impacto del trabajo femenino no sólo en los ingresos sino también en la dinámica cotidiana de los hogares y en la mercantilización de servicios de cuidado otrora provistos por la mujer?

IV. Desplazamientos para una nueva agenda de investigación

Categorías y fronteras

Al considerar la producción antropológica y sociológica reciente, Noel (2009: 2) observa el recurso de muchos investigadores a una “operación de relativa

‘insularización’, en la cual un grupo, clase o fracción de clase es demarcado con mayor o menor nitidez para centrarse en sus representaciones, prácticas y trayectorias (...) la regla suele ser aquí yuxtaponer reconstrucciones etnográficas [sobre distintos grupos] recogidas por separado para producir una iluminación recíproca por vía de contraste”. La idea de insularización supone tanto el desarraigo de esos grupos de las relaciones en las que están insertos como una cierta desatención analítica por el todo en que esas partes cobran singularidad y significación.

Frente a esta tendencia, dos estrategias diferentes permitirían tal vez seguir avanzando. Una, en pos de reanudar cierta pretensión de generalización, podría ser, en lugar de operar por oposición entre polos sociales extremos, profundizar el diálogo entre las descripciones etnográficas más densas y las aproximaciones cuantitativas que se consagran al análisis de los mismos sectores socioeconómicos: ¿Cuál es la relación entre los habitantes de las villas miserias y los sectores populares urbanos? ¿Son un caso extremo, una expresión paradigmática, una parte de un grupo más vasto y diverso en términos de residencia y calidad de vida? En segundo lugar, visto que hemos acumulado un volumen sustantivo de indagaciones empíricas, valdría la pena identificar preguntas comunes y en torno de ellas comenzar a confrontar argumentos y hallazgos: ¿los atributos

identificados en las villas miserias de Buenos Aires son semejantes a los que predominan en asentamientos de otras regiones del país?

Este análisis por categoría, podría complementarse con una reflexión sobre ciertos atributos que adscribimos a ciertos sectores sin considerar hasta qué punto los comparten con otras zonas de la pirámide social. La comparación sistemática dentro y entre los distintos grupos sociales permitiría avanzar en interrogantes y, tal vez, conclusiones convergentes. ¿Hasta qué punto las prácticas atribuidas a los sectores populares (el consumo de droga, el incremento de la violencia, la flexibilidad frente a las normas, para no mencionar más que aquellos de particular preferencia mediática) no refieren a una cultura que compromete por igual a miembros de las clases media y alta? El estudio de Tonkonoff (2007), centrado en los pibes chorros, incita a considerar justamente cómo cierta relación con el trabajo, el placer y la belleza unifican a los jóvenes de hoy más allá de su pertenencia de clase.

Finalmente, la insularización y la elección de casos “representativos” extremos permite eludir una pregunta que resultó acuciante para los primeros teóricos de la estratificación: aquella que remite a los mecanismos de demarcación y de articulación entre las clases. Que no tratemos estas problemáticas no significa que las hayamos resuelto. En muchos casos, hemos ten-

dido a confundir los puntos de acceso con los criterios de demarcación. Las fronteras de un asentamiento, de una comunidad educativa de elite, de una categoría socio-profesional no necesariamente delimitan la pertenencia de clase. Sin duda, los criterios territoriales o geográficos se han afirmado como tanto o más importantes que los ocupacionales o de ingresos; en todo caso este desplazamiento merece ser explicitado y discutido.

En el salto que supone pasar de la reflexión sobre los puntos de acceso a un análisis sobre los puntos de demarcación, podría recuperarse la propuesta de Lamont y Molmar (2002) sobre las propiedades de las fronteras. Estos autores se interesan no ya en los atributos de los grupos sino en aquellos de los límites que los separan: ¿se trata de fronteras permeables o impermeables, visibles o invisibles, durables o transitorias, reversibles o irreversibles? ¿Quiénes participan de la fijación y la defensa de esos límites? ¿Quiénes de su trasgresión y su derrumbamiento?

Relaciones y mecanismos

¿Cómo avanzar en una síntesis sensible a la heterogeneidad social, pero atenta a las potencialidades explicativas de la estructura social y las clases? Para Hout, Brooks y Manza (1993: 270), los análisis disponibles resultan desalentadores: “[m]ientras las investigaciones evidencian, de modo abundante y convincente, la persistencia de las clases

como un factor determinante de las oportunidades de vida y de la política, las explicaciones sobre esa persistencia no son ni frecuentes ni persuasivas”. Frente a esta insatisfacción, la propuesta de Wright (2005) resulta juiciosa. Hacia el final de una compilación de singular pluralidad, el autor nos invita a preguntarnos “Si clase social es la respuesta, cuál es la pregunta?”. Más allá de los interrogantes identificados por el autor, precisar las preguntas es un primer paso para avanzar en las respuestas y para hacerlo definiendo problemas “de nivel intermedio”. Reducir los interrogantes tiene la virtud de incitarnos a identificar y analizar las mediaciones existentes entre “la” estructura social y el fenómeno que se desea indagar: desde las recompensas materiales según la posición en el sistema productivo, pasando por las desigualdades en materia de salud hasta la elección de ciertas prácticas culturales. Aún cuando en todos los casos se asigne centralidad a las inscripciones de clase, cada una de estas preguntas, nos lleva a recortar variables y relaciones diversas.

De este desplazamiento de las esencias a los vínculos, trata el libro de Tilly (2002) *La Desigualdad persistente*. En él, el autor argumenta que la reproducción en el tiempo de las diferencias en el bienestar y las oportunidades de vida se corresponden más con diferencias categoriales relativamente institucionalizadas como negro/blanco, varón/

mujer, ciudadano/extranjero, que con diferencias individuales en términos de atributos y esfuerzos. La originalidad de su propuesta es que rechaza “las esencias autopropulsadas (individuos, grupos o sociedades)” a favor de “modelos relacionales de la vida social”. Tilly intenta comprender cómo ciertas categorizaciones binarias –no ordinales como hemos presentado hasta aquí– permiten a los sujetos y las organizaciones ordenar conceptualmente el mundo y, al hacerlo, reiterar, muchas veces de manera inconsciente, situaciones que producen y perpetúan efectos de exclusión.

Tilly identifica cuatro mecanismos fundamentales que permiten cimentar y reproducir la desigualdad: la explotación, el acaparamiento de oportunidades, la emulación y la adaptación. Además de poner el énfasis en las relaciones y de intentar identificar mecanismos recurrentes, la virtud del análisis de Tilly es que resiste una geometría muy variable y permite incorporar participantes cruciales pero poco considerados por los analistas de la estructura social. Por un lado, eludiendo la problemática de las escalas, los cuatro mecanismos pueden presentarse en situaciones de co-presencia o articularse en complejas cadenas que articulan pero invisibilizan a todas las partes comprometidas. La explotación puede observarse tanto entre el capataz que coordina a los cañeros como entre éstos y los accionistas que financian, a altas

tasas, la reconversión productiva de los ingenios. Por otro lado, identificando mediaciones cruciales, Tilly llama a incorporar al análisis a “presuntas terceras partes de la desigualdad en cuestión –funcionarios estatales, legislaturas, propietarios de empresas y otros sectores de poder- [que] influyen de manera significativa”. Los asistentes sociales, los gerentes de recursos humanos, los docentes, los empleados bancarios, los punteros políticos participan del modo en que se estructuran y reproducen las desigualdades, muchas veces con el fin de resolver problemas organizacionales inmediatos.

Este acento en los mecanismos y en las formas diversas de asociación actualiza dos enseñanzas fundamentales de la sociología clásica para quienes analizamos la estructura social. La primera, subrayada por Elías [1991(1981)] es la diferencia entre co-presencia e interdependencia. Las interdependencias que ligan a los individuos son diversas y no se limitan a las que pueden experimentar o comprender de manera inmediata. La segunda lección se deriva de la primera: no todas las desigualdades sociales se expresan públicamente ni derivan en confrontaciones políticas abiertas. Como plantea Marx (1852) al analizar a los campesinos parcelarios o Weber [1992 (1922): 245] al reflexionar sobre las condiciones –exigentes e improbables- que permiten “una conducta homogénea de clase”, los sociólogos pueden identificar relaciones de

explotación y dominación que los actores implicados no logran visualizar.

En suma, solo una pequeña proporción de las desigualdades puede contar con los movimientos sociales y políticos para presentarse en la esfera pública. Gran parte de los lazos que vinculan a las elites sociales con esos sectores populares son hoy invisibles, están mediados por procedimientos y mecanismos impersonales. Según Dubet (2003), aunque es necesario defender la noción de clase porque designa la presencia y la fuerza de los mecanismos de dominación social, hay que tener en cuenta que éstos últimos pueden definirse justamente por la imposibilidad objetiva de construir una experiencia subjetiva. En este marco y en términos de Bourdieu [1990 (1984)], el poder de nominación concedido al sociólogo se agudiza: no sólo disputa con otros portavoces el derecho a describir determinada categoría social, puede contribuir también a visibilizar relaciones desatendidas por la dinámica y los intereses del juego social y político dominante.

Ideales y dilemas de justicia

Atribuyendo el estudio de la estructura social a la preocupación por las desigualdades socioeconómicas eludimos hasta problematizar esta noción. A la ambigüedad que ha ido adquiriendo este término –a veces homologado a asimetría otras a diferencia, jerarquía o explotación- se suma la diversidad de ideales que se agrupan hoy tras los lla-

mados a la equidad y la justicia.

Las aproximaciones clásicas sobre el tema, tendieron a concentrar la preocupación por la desigualdad en torno del tema de la redistribución de los derechos políticos y el bienestar económico. Una de las principales transformaciones ocurridas desde los años setenta es que se han multiplicado los clivajes de desigualdad. La discriminación racial, la homofobia, el patriarcado fueron afirmándose, con las denuncias de los movimientos sociales, en la esfera pública y a través de ellos reforzaron su lugar en las agendas de investigación. En este sentido, muchas de las consideraciones relativas a la estructura y la desigualdad social no involucran hoy solo diagnósticos y reivindicaciones vinculadas con las diferencias significativas en la distribución de la riqueza y el bienestar sino también sobre aquellas que suponen reconocimientos desiguales en función de la raza, las preferencias sexuales, el género, la edad. Pensar hoy en términos de desigualdad supone una multiplicación de los ideales vinculados con la sustancia de la justicia.

Frente a la diversidad de recursos, sujetos y disputas de distribución, y frente a la activación de distintas demandas de reconocimiento, resulta necesario volver a pensar en términos filosóficos a qué llamamos igualdad y justicia ¿A qué nivel de bienestar común ha de aspirar una sociedad en la que se multiplican a la vez los bienes y las pri-

vaciones? ¿Cuáles son las razones que permiten definir atribuciones legítimamente diferenciales entre los miembros de la sociedad? Estas preguntas involucran ineludiblemente posicionamientos normativos y suponen explicitar la noción de justicia que evocamos en nuestros análisis.

Plantear este problema para las ciencias sociales supone reconocer la diferencia existente entre la legitimidad y la legitimación. Como plantea Boltanski (1990: 128) en un texto liminar de ruptura con su maestro, la sociología de Bourdieu supone una representación del mundo según la cual todos los comportamientos humanos, sean cuales sean, pueden comprenderse como orientados a la satisfacción de intereses individuales, el más general de ellos la búsqueda de poder. Por consecuencia, todas las relaciones entre los hombres pueden ser reducidas a “pruebas de fuerza” entre dominantes y dominados. Esta llave universal reduce todas las pretensiones de los protagonistas a actuar en nombre del bien común a meras racionalizaciones de intereses inconfesables. Solo el analista se reserva la capacidad de develar estas ilusiones y de tomar la palabra en nombre del interés general. Desde la perspectiva de Bourdieu, las disputas en torno de la justicia, de la legitimidad de un beneficio, no merecen ninguna atención para la sociología son meras legitimaciones de una violencia originaria.

Por el contrario, en el libro *De la Justificación*, Boltanski y Thévenot (1989) se interesan por los distintos argumentos formulados en pos de alcanzar un acuerdo “justo” o, dicho de otro modo, un principio legítimo de orden. Para ser creíbles estas argumentaciones suponen un conjunto de condiciones: una humanidad común (en la que los sujetos se reconozcan como iguales), principios normativos generalizables (susceptibles de enunciarse como una ley a la cual han de someterse todos ellos); pruebas coherentes con esos principios. Lo interesante es que en base a distintas filosofías políticas, los autores definen 7 principios de justificación, cada uno de ellos con apoyaturas normativas, pruebas y formas de jerarquización distintas.

Detengámonos un momento en dos de estos principios. La “ciudad mercantil”, inspirada en Adam Smith, supone la existencia de individuos libres, susceptibles de someterse a una misma competencia. Los exámenes son aquí mecanismos legítimos de clasificación y los más grandes serán quienes atraviesen más satisfactoriamente estas pruebas. La “ciudad cívica”, inspirada en Rousseau, supone la preeminencia de los colectivos y el principio normativo privilegiado es aquel que refiere a la expansión y profundización de los derechos y el bienestar de las mayorías. La renuncia de los intereses individuales y la entrega a las grandes causas se erigen aquí como la prueba del propio

valor y los más grandes serán quienes más contribuyan a la solidaridad, la integración, los beneficios colectivos. Es evidente que estas dos “ciudades” definen principios de justicia antagónicos; lo es también que gran parte de la política pública occidental ha intentado dosificarlos en pos de alcanzar regulaciones satisfactorias. Lo interesante de esta reformulación es que, aún con muchos recaudos, reconoce la posibilidad de “pruebas legítimas”, asentadas sobre un principio normativo previamente acordado con el fin de soldar un acuerdo.

Las disputas en torno de la justicia aparecen entonces como temas legítimos y relevantes para el análisis de la estructura social. Tanto más si se aspira a una sociedad más justa y se parte de la convicción de que no existen mecanismos automáticos satisfactorios. Más que reemplazar a los actores sociales y políticos en sus disputas y decisiones, los sociólogos pueden contribuir a identificar necesidades e ideales y a partir de allí a clarificar los criterios y los dilemas que atraviesan quienes se movilizan en la construcción de una sociedad más justa²⁰.

20. Tal el análisis desarrollado por Perelmiter (2012) en torno a las políticas asistenciales y las operaciones de clasificación de los burócratas intermedios.

A modo de cierre, la militancia sociológica y el espejo de Hamlet

En los últimos meses se han creado un conjunto de agrupamientos intelectuales²¹, estructurados en torno de la evaluación de las políticas del gobierno nacional y su contribución a la construcción de una sociedad más justa. Respondida de manera contrastante, esta evaluación ha suscitado la movilización y el pronunciamiento público de numerosos intelectuales, entre ellos, muchos sociólogos.

Aunque es loable que las discusiones públicas otorguen centralidad a la justicia social dentro de la agenda del oficialismo y la oposición, ya que aportan elementos específicos al debate ciudadano, despegar el análisis de la estructura social de los ciclos electorales también permitiría avanzar, aunque en otros sentidos. Por un lado, contra una cultura política que adjudica prerrogativas y responsabilidades colosales al poder ejecutivo nacional, esta distancia permitiría recordar que la capacidad transformadora de las autoridades es siempre relativa. La estructura social es el resultado de un conjunto de procesos complejos en los cuales múltiples vo-

luntades se entrelazan con el azar y con una gran diversidad de constreñimientos. Por otro lado, aún en el caso de mediar una férrea decisión política, abandonar la temporalidad electoral calibraría mejor nuestras evaluaciones: los efectos no se observan necesariamente en el mismo marco temporal que sus causas. El impacto de muchas políticas supone cierta maduración en el tiempo para desplegar sus consecuencias más perdurables. Como corolario, cuestionar el enmarcado social en ciclos electorales permitiría ganar en profundidad descriptiva. La supuesta unicidad de estos ciclos olvida la advertencia de Raymond Williams (1980: 143), según la cual “En el auténtico análisis histórico es necesario reconocer en cada punto las complejas interrelaciones que existen entre los movimientos y las tendencias, tanto dentro como más allá de una dominación efectiva y específica”. Como propone el historiador inglés, podemos acercarnos al análisis de la estructura social considerando los elementos dominantes, residuales y emergentes, e incluso observar dentro de los impulsos dominantes, tendencias contradictorias.

Tras haber mencionado las condiciones propicias, los desafíos prácticos y analíticos para la renovación de los estudios sobre la estructura social, me gustaría cerrar este ensayo no sólo proponiendo la profundización de una nueva agenda de investigación sino también llamando a otro tipo de mili-

21. Nos referimos a tres grupos, conformados entre 2008 y 2012, que congregaron intelectuales y científicos sociales en torno al apoyo o la crítica al gobierno nacional. Carta Abierta (<http://www.cartaabierta.org.ar/nueva/>), Plataforma 2012 (<http://plataforma-2012.blogspot.com.ar/>) y Argumentos (<http://argumentos12.blogspot.com.ar/>)

tancia, a una militancia propiamente sociológica. Complementando otros posicionamientos político-partidarios, el compromiso sociológico podría centrar su interés en la contribución al debate y al entendimiento público a partir de los aportes específicos de la disciplina.

Para explicar su importancia, me gustaría recuperar una idea de Breytenbach retomada por Walzer (1996: 244-248) sobre el lugar de los intelectuales. Según este filósofo, las ciencias sociales, y los intelectuales críticos en particular, pueden ser para sus sociedades una suerte de “espejo para Hamlet”. Es decir, no los profetas de un sistema normativo completamente ajeno, exterior a esas comunidades, sino una instancia que atiende a lo que esa sociedad dice querer para sí misma, mostrándole un

espejo en el que pueda reconocerse, pero pueda percibir también cuanto se acerca y se aleja de los ideales que dice profesar. El interrogante sobre la estructura social y más específicamente sobre los avances y retrocesos en términos de la democratización del bienestar constituyen preguntas normativas. No sólo es correcto, es ineludible que así sea en una sociedad moderna que exalta la igualdad y solidaridad como principios fundamentales. La cuestión es si como sociólogos podemos enfrentar este interrogante, con una vocación militante propia, que mejore las condiciones de producción, de intercambio, de discusión y eventualmente de entendimiento, a través de los cuales podamos reflejar mejor a nuestra sociedad, sus progresos y sus asignaturas pendientes.

Bibliografía

Adamovsky, Ezequiel (2009) *Historia de la clase media argentina: Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires, Planeta.

Appadurai, Arjun (1986) *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, México D.F., Grijalbo.

Armony, Victor y Gabriel, Kessler (2004) “Imágenes de una sociedad en crisis. Cuestión social, pobreza y desempleo”, en Novaro, Marcos y Vicente, Palermo (comps.) *La historia reciente*, Buenos Aires, Edhasa, pp. 91-113.

Barber, Bernard (1957) *Estratificación social*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Zygmunt [2010 (1998)] *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Beccaria. Luis, Valeria Esquivel y Roxana, Mauricio (2002) “Desigualdad y polarización del ingreso en Argentina”, *Res Pública*, N° 2, pp. 67-90.

- Benza, Gabriela (2012) “Estructura de clases y movilidad intergeneracional en Buenos Aires: ¿el fin de una sociedad de “amplias clases medias”?”, tesis de doctorado en Ciencia Social con especialidad en Sociología, El Colegio de México.
- Boltanski, Luc (1990) “Sociologie critique et sociologie de la critique”, *Politix*, nro. 10-11, pp. 124-134.
- Boltanski, Luc y Laurent, Thevenot (1989) *De la justificación*, París, Gallimard.
- Bonvecchi, Alejandro (2008): “Políticas sociales subnacionales en países federales: Argentina en perspectiva comparada” *Desarrollo Económico*, vol. 48, n° 190/191, pp. 307-339.
- Bourdieu, Pierre [1990 (1984)]: “Espacio social y génesis de las ‘clases’”, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, pp. 281-309.
- Castellani, Ana y Gastón, Beltrán (2012): “La recomposición de la elite empresaria argentina entre 1976-2001”, ponencia presentada al 2° ISA Forum, Buenos Aires.
- Callon, Michel [2008 (1998)] “Los mercados y la performatividad de las ciencias económicas”, *Apuntes de Investigación del CECYP*, nro. 14, 2008, pp.11-68.
- Chauvel, Louis (2006) *Les classes moyennes à la dérive*, París, Seuil.
- Cortés, Rosalía (2012): “Income transfer programs and labour policies in Argentina, conflicting strategies?”, *2° ISA Forum*, Buenos Aires.
- Cueto del, Carla y Mariana Luzzi (2008), *Rompecabezas. Transformaciones en la estructura social argentina (1983-2008)*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional-UNGS.
- Dubet, François (1994) *Sociologie de l'expérience*, París, Editions du Seuil.
- Dubet, François (2003) “Que faire des classes sociales?”, *Lien Social et Politiques*, n° 49, pp. 71-80.
- Elías, Robert [1991 (1981)] *Qu'est-ce que la sociology ?*, París, Agora.
- Fabiani, Jean-Louis (2006) “Á quoi sert la notion de discipline?”, en Boutier, Jean ; Jean-Claude, Passeron y Jacques, Revel : *Qu'est-ce qu'une discipline*, París, EHESS.
- Fitoussi, Jean-Paul y Pierre, Rosanvallon (1996) *La nueva era de las desigualdades*, Buenos Aires, Manantial.
- Fligstein, Neil (1990) *The Transformation of corporate control*, Cambridge, MA-USA: Harvard University Press.
- Fraser, Nancy (2010) *Scales of Justice*, New York, Columbia University Press.
- Germani, Gino [1987 (c. 1955)] *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, Buenos Aires, Ediciones Solar.
- Gibson, Edward L y Ernesto Calvo (2000) “Federalism and low-maintenance cons-

tituencias: Territorial dimensions of economic reform in Argentina”, *Studies in Comparative International Development (SCID)*, vol. 35, n° 3, pp. 32-55.

Gibson, Edward (2005) “Boundary Control: Subnational Authoritarianism in Democratic Countries”, *World Politics*, 58, pp. 101-132.

Heredia, Mariana (en prensa) “Notables, dueños, patronos y ricos: sobre las complejidades teórico-metodológicas de delimitar a las clases altas en la Argentina actual”, *Revista Argentina de Sociología*.

Hirschman, Albert (1971) *A bias for hope. Essays on Development and Latin America*. New Haven et London, Yale University Press.

Hout, Mike; Clem, Brooks y Jeff, Maza (1993) “The persistence of classes in post-industrial societies”, *International Sociology*, vol. 8, n° 3, septiembre.

Hora, Roy (2002) *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Kessler, Gabriel y Vicente, Espinoza (2003): “Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Argentina: rupturas y algunas paradojas del caso de Buenos Aires”, CEPAL, *serie Políticas Sociales*, nro. 66.

Kessler, Gabriel, Mercedes di Virgilio y Svetlana, Yaroshenko (2010) New Poverty in Argentina and Russia”, *Laboratorium. Russian Review of Social Research*, nro 2, pp. 252-256, disponible en www.soclabo.org.

Kessler, Gabriel (2011) “Exclusión social y desigualdad ¿nociones útiles para pensar la estructura social argentina?”, *Laboratorio*, n° 24, pp. 4-18.

Lallement, Michel (1999) *Les gouvernances de l'emploi*, Paris, Desclées de Brouwer.

Lamont, Michèle y Virág Molmár (2002) “The study of boundaries in the social sciences”, *Annual review of Sociology*, n° 28, pp. 167-195.

Latour, Bruno (2008) *Reensamblar lo social Una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Manantial.

Manzanal, Mabel (2000) “Neoliberalismo y territorio en la Argentina de fin de siglo”, *Economía, sociedad y Territorio*, vol. 2, n° 7, p. 433-458.

Marx, Karl (1852) *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, varias ediciones. Texto disponible en <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm>

Miller, Peter y Nicolás, Rose (2008) “The death of the social? Re-configuring the territory of government” en Miller, Peter y Nicolás, Rose: *Governing the present*, Cambridge Polity Press.

Minujin, Alberto y Gabriel Kessler (1995) *La nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta.

- Morresi, Sergio y Gabriel, Vommaro (comps.) (2012) *Saber lo que se hace. Expertos y Política en Argentina*, Buenos Aires, UNGS-Prometeo.
- Murmis, Miguel y Silvio Feldman (1992) “La heterogeneidad social de las pobrezas”, en Minujín, Alberto (comp.) *Cuesta Abajo. Los nuevos pobres efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/Losada.
- Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (comps.) (2004): *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.
- Noel, Gabriel (2009) “Fronteras Morales – Fronteras Sociales Las Moralidades en el Proceso de Articulación de Identidades, Alteridades y Conflictos en Condiciones de Fragmentación Social”, Plan de trabajo CONICET, Buenos Aires, mimeo.
- O’Donnell, Guillermo (1982) *Modernización y Autoritarismo*, México, Paidós.
- O’Donnell, Guillermo (1992): “¿Democracia delegativa?”, *Cuadernos del CLAEH*, n° 61, p. 5-20.
- Palomino, Héctor (2008) “La instalación de un nuevo régimen de empleo en Argentina: de la precarización a la regulación”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 13 (19), pp. 121-144.
- Passeron, Jean-Claude (2006) *Le raisonnement sociologique*, Paris, Albin Michel.
- Perelmiter, Luisina (2012) “La burocracia asistencial en funcionamiento. Relaciones y prácticas en la vida íntima del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Argentina, 2003-2009”, tesis de doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- Piketty, Thomas (2001) *Les hauts revenus en France au XXe siècle*, Paris, Grasset.
- Poblete, Lorena (2008) “De la gestion de l’autonomie. Parcours de travailleurs autonomes argentins dans les années 90”, tesis de doctorado en sociología, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, Francia. <http://tel.archives-ouvertes.fr/tel-00407491/fr/>
- Rivas, Axel (2004) “Gobernar la educación. Estudio comparativo sobre el poder y la educación en las provincias argentinas”, Buenos Aires, Granica-UDESA.
- Rosati, Germán y Ricardo, Donaire (2012) “Sobre el supuesto de ‘homogeneidad’ en el análisis de la teoría social. Reflexiones a partir de un ejercicio empírico”, *Entramados y perspectivas. Revista de la carrera de sociología*, vol. 2, nro. 2, enero-junio.
- Rostow, Walt [1963 (1960)] *Les étapes de la croissance économique*. Paris, Seuil.
- Rubery, Jill. et al. (2002) “Changing organizational forms and the employment relationship”, *Journal of Management Studies*, n° 39, pp. 645-672.
- Segura, Ramiro (2009) “Si vas a venirte a una villa, loco, entrá de otra forma. Dis-

tancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires”, en Grimson et al. *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.

Svampa, Maristella (2005), *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus.

Tilly, Charles (2002) *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial.

Tonkonoff, Sergio (2007) “Tres movimientos para explicar por qué los Pibes Chorrros visten ropas deportivas”, en VVAA *La sociología ahora*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 149-164.

Torrado, Susana (1992) *Estructura social de la Argentina 1945-1983*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

Torrado, Susana (2007), “Transición de la familia: tamaño y morfología, en Torrado, Susana (comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario, tomo II*, Buenos Aires, Edhasa, p. 207-253.

Useem, Michael (1999) *Investor capitalism: how money managers are changing the face of corporate America*, New York, Basic Books.

Vapñarsky, César (1995), “Primacía y macrocefalia en la Argentina la transformación del sistema de asentamiento humano desde 1950”, *Desarrollo Económico*, 35 (138), pp. 227-254.

Walzer, Michael (1996) *Le deuxième âge de la critique sociale*, París, Métailié.

Wainerman, Catalina (1997) “Familias reales y familias estadísticas”, ponencia a las IV Jornadas de la Asociación de Estudios de Población de Argentina, Septiembre, Posadas.

Wainerman, Catalina (comp.) (2002), *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires FCE/UNICEF.

Wainerman, Catalina (comp.) (2005) *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?*, Buenos Aires Editorial Lumière.

Weber, Max [1992 (1922)]: *Economía y Sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Williams, Raymond (1980) *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península-Biblos.

Wright, Erik Ollin (comp.) (2005) *Approaches to Class Analysis*. New York Cambridge University Press.